

los pies de la primera que pasa [...] Inventas palabras y haces de ellas sentimientos, ciencias, artes, objetos de existencia. ¡Política, gloria, saber, poder, riqueza, amistad, amor! Y cuando descubres que son palabras, blasfemas y maldices. [...] Tenme lástima, literato. Yo estoy ebrio de vino, es verdad; pero tú lo estás de deseos y de impotencia...!»¹¹. Toda una declaración de desasosiego. El 24 de marzo de 1909, en una cena de homenaje a Fígaro organizada también por Carmen de Burgos, el lúcido Ramón Gómez de la Serna hizo una estupenda crítica de la obra de Larra dividiéndola «en la de antes del suicidio y en la de dentro del suicidio». Realmente, la obra de Larra destila desengaño y la opción final podía intuirse.

Larra, uno de los mejores escritores modernos, se suicidó. Sin embargo, es cierto que si nos detenemos a observar la estadística de los escritores españoles suicidados, parece que se matan poco o, quizá, en menor medida que los escritores de otros países. El otro gran romántico, Gustavo Adolfo Bécquer, murió trágicamente joven, pero por enfermedad y tampoco contamos con escritoras suicidas a lo Woolf, Plath, Storni o Pizarnik como no sea que el «muero porque no muero» de la mística Santa Teresa deba entenderse como una llamada a la muerte. Este reclamo era, en realidad, un tópico místico y barroco del morir porque no se moría, un auténtico grito solicitando el suicidio, pero para renacer en otra vida divina y mejor. Como la Santa, San Juan de la Cruz solicitaba muerte en el siglo XVI. Le suplicaba a Dios en el *Cántico*:

Descubre tu presencia,
y máteme tu vista y tu hermosura.

Y también una variante del poema de Santa Teresa en las *Coplas de el alma que pena por ver a Dios*:

Oye mi Dios lo que digo
que esta vida no la quiero
que muero porque no muero¹².

Místicos, solitarios, atormentados y convencidos de que la vida es para sufrirla, esperando morir no para dejar de ser sino, precisamente,

¹¹ Mariano José de Larra, Artículos de costumbres, Madrid, Espasa-Calpe, 1968, pp. 267-268.

¹² San Juan de la Cruz, Poesía, Madrid, Cátedra, 1989, pp. 251 y 267.

para empezar a serlo. Esta tendencia está en consonancia con las enseñanzas de la *Biblia* donde podemos leer afirmaciones de Jesús que instigan al menosprecio de la vida física: «El que quiera salvar su vida, la perderá; y el que pierda su vida por mí, la hallará»¹³. De modo que el mártir se convierte en el auténtico ser espiritual. Esta noción de la muerte topa de frente con la convicción romántica que animó a Larra y, desde luego, con la mentalidad de algunas escritoras españolas de principios de siglo XX que quizá coquetearon también con la idea del suicidio —Margarita Nelken escribió *Mi suicidio* y Carmen de Burgos *El suicida asesinado*¹⁴, dos textos que aparecieron en la colección *La novela corta*—, pero que nunca se decidieron por él, combativas y luchadoras como eran.

Más de sesenta años después de que Larra se disparara, Ángel Ganivet (1865-1898) se lanzó al mar desde un barco. Parece el suicidio de un visionario el de este escritor y diplomático que con apenas 32 años decidió que había vivido lo suficiente cuando se perdieron las últimas colonias. Cinco años después de su muerte, en 1904, su amigo Francisco Navarro y Ledesma editó las cartas que Ganivet le había enviado. Todas muestran un tono melancólico, pero especialmente una de ellas, fechada el 4 de enero de 1895, muestra el germen de la decisión del suicidio:

«Puedo permitirme la satisfacción de entretenerme con mis imaginaciones para disfrazar las miserias de la vida e impedir que se acerque la idea del suicidio, que no resuelve nada tampoco, si como es de temer tenemos varias ediciones, y cuanto antes nos inutilizamos tanto antes nos echan tapas y medias suelas en el laboratorio de las almas, para lanzarnos a funcionar de nuevo en este planeta o en otro, si hay varios que nos ayuden en estas faenas»¹⁵.

El autor de *Idearium español*, una lúcida recopilación de artículos críticos sobre el país, murió joven, cuando su carrera empezaba a gestarse, y, lo decía Fernández Almagro en el prólogo a las *Obras completas* del escritor, «para la inmensa mayoría de los españoles, Ganivet nació en el instante mismo de arrojar el despojo de su vida a las hela-

¹³ Ramón Andrés, *Historia del suicidio en Occidente*, op. cit., p. 81.

¹⁴ Margarita Nelken, *Mi suicidio*, *La novela corta*, n.º 474, diciembre, 1924 y Carmen de Burgos, *El suicida asesinado*, *La novela corta*, n.º 339, junio, 1922.

¹⁵ Epistolario, *cartas de Ángel Ganivet editadas por Francisco Navarro y Ledesma*, Madrid, Biblioteca Nacional y Extranjera, Leonardo Williams Editor, 1904.

das aguas del Duina»¹⁶. La curiosidad por la vida de quien decide quitársela ha dado el éxito a numerosos escritores. Moría el hombre y nacía la leyenda.

Ya a principios del siglo XX el escritor Felipe Trigo (1865-1916), considerado uno de los mejores narradores eróticos, se suicidó. En plena monarquía de Alfonso XIII el autor de *Jarrapellejos* optó por acabarse. Años después, las muertes de los escritores se debieron a la contienda civil y no tanto a la renuncia personal. Transcurrido prácticamente todo el régimen franquista, en el año 1972, se mataron dos escritores catalanes: el barcelonés José Mallorquí (1913-1972) y el tarraconense Gabriel Ferrater (1922-1972) –de quien habla largo y tendido Jordi Amat en un artículo de este dossier–. Mallorquí, famoso creador de *El coyote*, llevaba cientos de títulos publicados cuando su mujer falleció y él se vio sin ánimo de continuar. «Utilizó un colt, el mismo tipo de revólver que imaginativamente hizo manejar con destreza a sus personajes»¹⁷, como escribió Eduardo Tijeras en su documentado libro *El estupor del suicidio*. Dejó una nota encima de la mesa: «No puedo más. Me mato. En el cajón de mi mesa hay cheques firmados. Papá. Perdón.» Claude Guillon e Yves Le Bonniec afirmaban en un análisis de las motivaciones del suicidio: «Es no poder vivir lo que empuja a morir»¹⁸. Y ese empuje es el que encontró Mallorquí cuando se vio solo y desahuciado sin su esposa.

Alfonso Costafreda (1926-1974), poeta de la generación del 50, escribió *Suicidios y otras muertes* y poco después se mató. Dejó escritos versos profundos y cargados de intenciones, como los últimos del titulado *Mas no vosotras*, referido a las estrellas:

Algo brilla sin fin, mas no vosotras,
mientras ansioso yo pregunto...
La muerte brilla cegadora
en el aire que apenas
es un manso susurro.

¹⁶ La referencia completa rezaba: «Sus libros antecederon en muy poco tiempo a la muerte del autor. Y al sobrevenir ésta en circunstancias más que dramáticas, por complicarse en ellas el amor y la locura, gestores del suicidio en tremenda colaboración, un terrible sensacionalismo acreció el interés que ya empezaba a despertar el extraño y distante personaje.» Epistolario, *op. cit.*, p. 13.

¹⁷ Eduardo Tijeras, *El estupor del suicidio*, *op. cit.*, p. 260.

¹⁸ Claude Guillon e Yves Le Bonniec, *Suicidio. Técnicas, historia, actualidad*, Barcelona, A. T. E., 1983.

La muerte se convertía en una idea atractiva, también para José Agustín Goytisolo (1928-1999), compañero de la generación de los 50 del mencionado Costafreda y también de Carlos Barral y Gil de Biedma, amigo de José Ángel Valente y José María Caballero Bonald. Después de ganar prestigiosos premios de poesía –Premio Adonais y Ausias March–, y tras publicar estupendos libros, decidió quitarse la vida lanzándose por el balcón. Luis Antonio de Villena escribió sobre él: «Bebedor, fumador, vitalista, hombre de la vida como libertad y como exceso, tuvo al final de su vida innumerables depresiones.» Parece que estaba inmerso en una de ellas cuando dio el salto fatal, dejando como legado sus poemas y, especialmente, *Palabras para Julia*, para la hija y para el que leyera.

Y, en fin, logró suicidarse Ramón Sampedro (1943-1998). Sampedro es un escritor peculiar. Lanzado a la escritura para explicar la que él considera una lógica solicitud de suicidio, acabó escribiendo poemas intimistas profundos y cargados de emoción, como el que sigue:

Un amigo
 que sienta como yo el mismo latido;
 un amigo
 que su corazón sea el mío, y el mío suyo;
 un amigo
 que su dolor sea el dolor mío;
 un amigo
 para poner fin al dolor infinito;
 un amigo
 que me preste su mano para mi suicidio;
 un amigo
 que no crea en dioses sino en el amigo;
 un amigo
 que nos remate cuando estemos de muerte heridos.
 Ese amor existe, pero está prohibido.

Son versos arrebatados y arrebatadores que transpiran el deseo de la muerte que no podía llevar a cabo porque durante años estuvo ligado a una cama sin poder mover más que la cabeza después de un trágico accidente. Este escritor suicida está recientemente de moda porque una excelente película dirigida por Alejandro Amenábar y protagonizada por Javier Bardem ha recogido su figura¹⁹. Ramón Sampedro es quizá

¹⁹ Mar adentro, 2004.